

¿Quién no gusta de Tournier?

por Javier Laborda*

Con Tournier nos hallamos ante un fenómeno sorprendente y felicísimo en la narrativa reciente. Porque se trata de un autor que se vale de la literatura para escribir sobre filosofía, esencialmente, y también sobre antropología y semiótica. Con una intención así, podría pensarse que no hay literatura que emerja en los trabajos del pensador y del divulgador. Bien, quizá esta presentación no proporciona una caracterización y sí una caricaturización.

Lo incuestionable es que Michel Tournier ha logrado la atención de los lectores desde el principio. Ha logrado la atención, el éxito, y no sólo en Francia, que es su país, sino también en Europa y en el ámbito anglosajón. Y es tan apreciado por el minoritario sector de intelectuales como por el gran público.

La explicación de una cobertura tan amplia no puede explicarse en una frase, pero alguna luz arroja la opinión, en la que abundan no pocos críticos, respecto a su condición de narrador de una capacidad y originalidad sin igual, en lengua francesa, de los últimos decenios.

No cabe duda de que la escritura de Tournier es muy firme y madura. Pues bien, por raro que parezca, esta escritura es leída con mucho gusto por jó-

venes y niños. Su continua búsqueda en el tesoro de los mitos de nuevas y espectaculares facetas, le convierten en un autor que puede ofrecer a todo tipo de lector todo aquello que desea hallar.

Cualquiera diría que se trata de un argumento digno de la fantasía de algún cuento de Tournier, cuando sólo se trata de una descripción: Tournier es un autor de formación y preocupación filosófica, que consigue el éxito desde el principio y en él se mantiene. Es un escritor leído en su casa y en muchas otras casas más. Es un narrador selecto y también popular, y para un público adulto y no adulto. Es como para preguntarse «¿quién no gusta de Tournier?», siempre que se pueda disponer de las ediciones de sus obras. Pero esto ya es otra cuestión, que apunta a las dificultades de edición de Tournier en castellano.

Viernes o el hermano gemelo de Robinsón

La primera y más famosa obra de Tournier es *Viernes o los limbos del Pacífico*, de 1967 (en castellano, Alfaguara, 1986). En esta novela reconstruye la historia de Robinsón Crusoe, poderosísimo mito tantas veces retomado en la historia de la literatura, pero nunca seguido con tanta fide-



dad ni revisado con tamaña perspicacia como lo hace el francés.

La habilidad de Tournier consiste en abrir una nueva dimensión, vibrante y desencantada, en el mito de Robinsón. Para ello adopta el punto de vista de Viernes, el indígena salvado de la muerte y también de la oscuridad de la ignorancia y de la horrosa condición de salvaje por Robinsón. Esa es la perspectiva del escrito de Defoe y de sus imitadores. Mas la horrosa condición de salvaje no es tal, ni su vida es un vacío completo.

En la narración de Tournier, Viernes viene a cumplir la función de hermano gemelo de Robinsón, puesto que aporta una nueva faceta del propio Robinsón, insospechada y luminosa. Viernes es quien salva a Robinsón de la estéril y voraz empresa de levantar en la isla desierta una nueva Inglaterra. Consigue que las creencias más «civilizadas» del que asume la función de amo se tambaleen, para que asuma el papel de hermano, de igual, y que se impregne de un sentido del vivir gozoso y... revolucionario. Eso le enseña Viernes. Eso aprende Robinsón, hasta el punto de renunciar a embarcarse para su patria cuando se da la oportunidad y decidir fundirse definitivamente con el destino de la isla perdida en la inmensidad del desierto marino del Pacífico.

Los limbos del Pacífico ya no son el territorio de Robinsón, pues los bautiza y los configura Viernes. El espíritu del Tercer Mundo se revela a Europa, la colonizadora a golpe de Biblia y sable, como una cultura fascinante, henchida por un designio de paz y de saber.

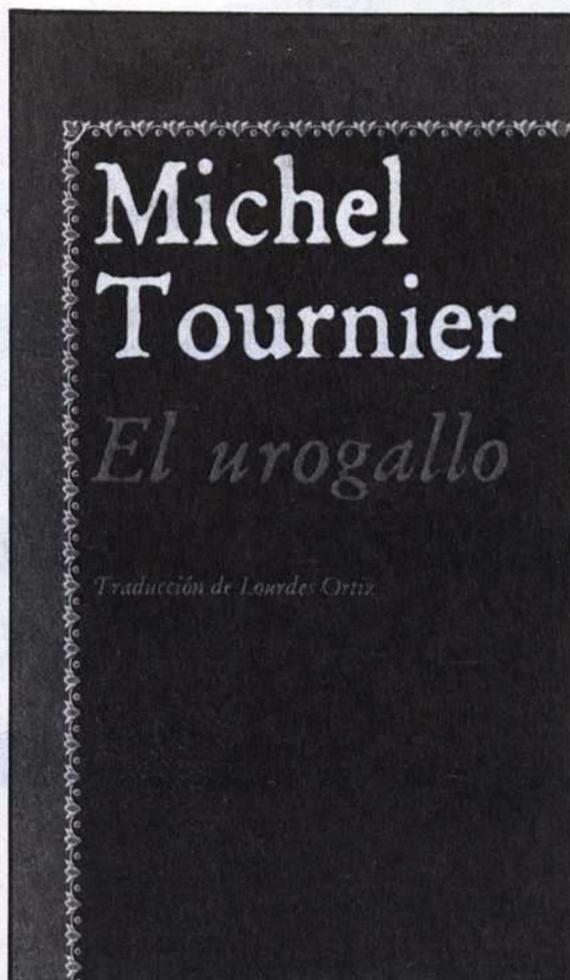
Así, puede leerse la novela, de la que Tournier ha elaborado una versión juvenil, *Viernes o la vida salvaje* (Noguer). Cualquiera de los dos textos resulta magnífico y su calidad sólo se ve aumentada por el peso de la intención del autor. Recomiendo otra línea de lectura: la historia de la lucha de un naufrago —en los avatares corrientes del vivir— por sobrevivir psicológicamente, la lucha del individuo en crisis por merecer la dignidad humana y por aprender a quererse en su soledad —la de toda persona que se conozca— y a saber querer luego.

No quiero dar con ello una idea de dramatismo. Quien conozca el mito de Robinsón no podrá evitar una carcajada al empezar a leer ya las primeras líneas.

La imagen adorable de Caín, el ogro y otros mitos

Tournier añade a la pasión literaria la de la fotografía. Y ello como fotógrafo, como autor de textos para álbumes de fotos y como sujeto que se interroga sobre los poderes y los peligros de la imagen hoy día en su última novela *La gota de oro* (Alfaguara). En ella cuenta la historia de un pastor berebere de quince años, cuya vida se tuerce cuando una joven francesa le toma una fotografía en su oasis, al noroeste del Sáhara. Este muchacho peregrinará hasta el barrio árabe de «la gota de oro», en París, y sufrirá penalidades que hablan amargamente de la tiranía opiácea de Occidente: el culto a las imágenes.

Este autor se manifiesta en todas sus obras como un admirador de los mitos y como un iconoclasta que goza con invertirlos o deformarlos hasta



que consiguen otra apariencia. Así sucede en *Gaspar, Melchor y Baltasar* (Noguer), *Los meteoros* (Alfaguara) —el mito de los gemelos— o *El urogallo* (Alfaguara), entre otros. Hay una obra en la que se reúnen de manera brillante los dos intereses de Tournier, los mitos y su tratamiento desde una perspectiva asequible a los más jóvenes. Se trata de la ya citada *El urogallo*. Contiene catorce cuentos que responden a esta caracterización y su temática es diversa. El cuento «La familia Adán» se acoge a una fuente muy apreciada por Tournier: la historia sagrada y su rutilante faceta mítica, y recupera la figura de Caín como modelo positivo; también especula acerca de la condición de lo masculino y lo femenino. En «Mamá Noel» logra que una corriente y anodina pugna en un pueblecito entre creyentes y ateos desemboque en una imagen paralizadora: Mamá Noel amamanta en el pesebre al niño Jesús. «Amandine o los dos jardines» narra la iniciación sentimental de una niña, merced a la confrontación que ésta hace del jardín de orden y doméstico de la casa de sus padres con el jardín silvestre y solitario de la casa vecina. La niña sangra a la vuelta de su paseo de exploración, y el mundo ya no será el mismo para ella.

Otros cuentos dan vida a la figura

de un ogro bondadoso y ecologista, que se asemeja a la de un marginado al que se le persigue implacablemente. O a la figura de un enano que llega a descubrir en sí la personalidad de un superhombre, con la determinante intervención de los niños. También, la naturaleza necrófila de una joven y su particular relación con la realidad y, en otro cuento, la óptica con que un niño ve las cosas y su experiencia turbadora del reconocimiento de los modelos sexuales, que le conduce a una sangrienta renuncia a su condición de niño para optar por la de niña.

La ternura no rehuye la crueldad y la perversidad. Así, la recreación de estos mitos despierta un interés renovado. En sus páginas, Tournier ha sembrado un magnetismo oscuro, mítico.

Tournier es un autor que vive en las estanterías de las escuelas y los cuartos infantiles y juveniles, y cuenta con ediciones dedicadas a éstos. ¿Qué opinión él de la literatura infantil y por qué escribe para los niños? Tiene una opinión muy clara: «No. No escribo para los niños. Nunca. Me avergonzaría de hacerlo. No me gustan los libros escritos para los niños. Es subliteratura. Pero tengo un ideal literario, unos maestros, y estos maestros se llaman Perrault, La Fontaine, Kipling, Selma Lagerlöf, Jack London, Saint Exupéry y, ¿por qué no?, Victor Hugo. Son autores que no escriben nunca para los niños. Sólo que escriben tan bien que los niños pueden leerlos.»

Michel Tournier, parisino nacido en 1924, obtuvo el gran premio de novela de la Academia francesa por *Viernes o los limbos del Pacífico*, y el premio Goncourt por *El rey de los alisos*. Y debe estos reconocimientos oficiales y otros más a un trabajo modestísimo: ofrecer a los lectores sus prendas de imágenes para que abriguen su desnudez. ■

* Javier Laborda es profesor de lingüística de la Universidad de Barcelona.